

# Catorce años

AUGUSTO BORDERAS

Hoy, catorce años después del asesinato de Fernando Buesa y de Jorge Díez, el camino hacia la convivencia es aún largo

**S**í, catorce años del asesinato de Fernando Buesa y de Jorge Díez. La vida discurre a veces lenta en el persistente y estremecedor recuerdo de este crimen. Y a veces rápida, por todos los años transcurridos, casi desde las pos-trimerías del siglo pasado, que nos hacen pensar a los mayores (eufemismo de viejos), ¡son cosas de otro siglo!

Porque los que tenemos años, ¡y memoria!, seguimos recordando obstinadamente aquellos acontecimientos que han golpeado nuestras vidas. Y que a muchas familias, no es mi caso, les ha cambiado la existencia. A esas familias les llamamos ‘víctimas del terrorismo’, y ¿cómo se llaman las familias de los verdugos, que también existen? En un reciente artículo, Miguel Ángel Aguilar, escribiendo sobre el final de ETA, decía: «los partidarios acérrimos del principio de ‘la letra

con sangre entra’ cuando renunciaron a la dialéctica de los puños y las pistolas quedaron arrumbados, por el viento de la historia, en la playa de la insignificancia». La banalidad del mal, de la que hablaba Hannah Arendt.

El conjunto de asesinos y terroristas se llaman a sí mismos ‘presos políticos’. Lo hemos oído y leído mil veces: ‘los presos políticos vascos’. Pero claro, ahora ya en el silencio de las pistolas podemos reflexionar. ¿Presos de qué política? ¿De los que en nombre de esa política asesinaron como los ‘squadristi’, los ‘santos malditos del fascismo’, como los llamó Curzio Malaparte? De los que abrieron lugares cuyo lema era ‘Arbeit Macht Frei’ para la no contaminación de la raza aria. O los crímenes estalinistas que merecieron las reflexiones de Camus en ‘L’Homme Révolté’ contra la tiranía de las ideologías y la infame e inmediata acusación de Sartre.

Aquellos eran los ‘tiempos gloriosos’ del nueve largo y el coche bomba, del entusiasmo patriótico exterminador. Ahora estamos en la fotografía de los veteranos ex-carcelados, de la necesaria integración social tras los años penalizados. Y se hacen presentes estas proféticas palabras: «A los que creen que los delirios nacionalistas son exclusivamente producto de seres criminales, se les escapa una cuestión esencial: los que crearon estos delirios no fueron los criminales, sino los entusiastas, convencidos de que habían descubierto el único camino que conduce al paraíso. Lo defendieron valerosamente y ejecutaron a muchos. Más tarde se llegó a la conclusión de que no existía paraíso alguno, de modo que los entusiastas resultaron ser asesinos. Entonces todos empezaron a gritarles ¡sois los responsables de la desgracia del país, de los asesinatos justificados! Los acusados respondían: ¡no sabíamos, lo hacíamos de buena fe! ¡En lo más profundo de nuestra alma, somos inocentes! La polémica se redujo a ¿de verdad no sabían o aparentaban no saber?» (Milan Kundera ‘La insostenible levedad del ser’). Sólo se ha sustituido regímenes comunistas por delirios nacionalistas.

Hoy catorce años después, el camino hacia la convivencia es aún largo, todavía estamos en el periodo del orgullo frente a la reconciliación, de la explotación del privilegio, de la permanencia del conflicto para poder justificar el crimen. La atractiva falsedad tribal. Ya lo explicaba El Roto: ‘Déjate de ciudadanías y sácate el carné de tribu, que tiene más prestaciones!’